

FRANCESC TORRALBA

*Cien valores
para una vida plena
La persona y su acción en el mundo*



Traducción de MARISA TORRES BADIA

Editorial

MILENIO

L L E I D A, 2 0 0 3

A MODO DE PRÓLOGO: VIVIR Y DEJAR VIVIR

Vivir es un aprendizaje largo y apasionante que se prolonga a lo largo del tiempo y del espacio y que nunca acaba de llegar a su plena culminación. De hecho, siempre estamos en camino y cada momento nos aporta nuevos materiales para reflexionar y asumir en nuestra propia conciencia. Vivir es dejarse interpelear constantemente por aquello a lo que nos conduce la propia existencia, tanto si es agradable como doloroso. No obstante, no siempre es fácil asumir el reto de vivir y mucho más difícil resulta vivir con dignidad, es decir, saber vivir libre y responsablemente.

Existen muchas maneras de vivir y cada persona esculpe su propia forma de vida. La singularidad de una persona no es algo abstracto o indefinido, sino que se expresa en su manera de vivir, pensar y actuar. Incluso en su forma de vivir detectamos su identidad, su manera de ser, aunque resulta evidente que siempre hay una distancia entre lo que detectamos del otro y lo que el otro es en sí mismo.

Hay una íntima relación entre los valores y la manera de vivir. Los valores nos ayudan a vivir, a vivir más intensamente y con mayor profundidad nuestra cotidianidad, a asumir todo aquello que nos presenta la existencia diaria. Los valores no son una salida por la tangente o una manera de escaparse de esta vida proyectando otra diferente, sino todo lo contrario. Vivir es comprometerse en cada instante y los valores nos dan la facultad para discernir adecuadamente la calidad de nuestros compromisos vitales.

Los valores nos facultan para vivir esta vida con sus dificultades, pero también con sus regalos. También nos ayudan a relacionarnos mejor con el mundo que nos rodea, con los demás y con la naturaleza. Los valores configuran el carácter de la persona y, aunque son invisibles e intangibles porque no se ven ni pesan, dan fortaleza al espíritu y permiten nuestro desarrollo a lo largo de nuestra existencia. Por eso los valores son para vivirlos y disfrutarlos. No son entelegías abstractas que están allí, en un mundo distante y lejano al hombre, sino que forman parte de nuestra vida y, a través de la educación, es necesario desvelarlos y fortalecerlos.

Educar en valores significa ayudar al educando a descubrir los valores latentes en su conciencia y a darles consistencia y solidez a través del ejemplo y del testimonio. Los valores no se pueden aprender de una manera objetiva, como si fuesen datos geográficos o realidades numéricas, sino que deben comunicarse de una forma indirecta y subjetiva. Se transmiten a través de la vida que lleva un sujeto determinado y, en la mayoría de ocasiones, de una manera indirecta, es decir, sin referirse explícitamente al valor en cuestión.

Ciertamente, hay valores que nos ayudan a vivir con más plenitud nuestra vida, todos y cada uno de esos momentos que nos toca vivir, pero también hay contravalores o valores negativos que erosionan gravemente el carácter y que hacen que nuestra cotidianidad sea aún más cruda y más difícil. Los valores

nos ayudan a ver el lado bueno de vivir, mientras que los contravalores nos privan del goce de vivir. La realidad en sí misma es neutra, pero según nuestra forma de mirar adquiere una tonalidad u otra. Aprender a vivir es también aprender a mirar la realidad con unos ojos nuevos, lo cual no quiere decir que se tengan que ocultar las dificultades y, menos todavía, obviarlas, sino todo lo contrario. Cuando nos dejamos educar por los valores, aprendemos a mirar el mundo con otros ojos, a disfrutar a fondo de la realidad, a vivir con intensidad. Los valores están al servicio de la vida y no la vida al servicio de los valores. Vale la pena luchar y esforzarse por conseguir un determinado valor, siempre que este valor nos ayude a vivir con más libertad y responsabilidad nuestra existencia diaria.

Es necesario aprender a vivir poco a poco, optando en cada encrucijada, y reflexionando sobre qué nos conviene en cada momento. Las experiencias del pasado nos enseñan a aceptar el presente y no podemos vivir como si no hubiese sucedido nada en un tiempo pretérito. La memoria también nos alecciona respecto a nuestro futuro, pero los valores no sólo sirven para vivir la propia vida con dignidad, sino para dejar vivir a los demás. Es necesario aprender a vivir, pero también es necesario aprender a dejar vivir, porque —bien lo sabemos— hay formas de vida que privan de vivir a los demás y vulneran el derecho que tienen éstos a vivir libremente.

¡Vivir y dejar vivir! ¡He aquí el gran lema! Pero dejar vivir a los que me rodean, no quiere decir desinhibirse, es decir, practicar la indiferencia hacia ellos, sino más bien todo lo contrario. Dejar vivir a los demás es una manera activa de estar en el mundo, un estilo de vida que se caracteriza por el respeto y la atención hacia las personas que me rodean. Los valores nos ayudan a vivir individualmente, pero también colectivamente. Dejar que el otro viva aunque su manera de vivir sea diferente de la de uno mismo e, incluso, directamente opuesta: ¡he aquí el gran reto!

Vivimos en un mundo plural donde coexisten diferentes formas de vida de manera simultánea. No todos vivimos de la misma manera, ni tenemos presentes los mismos valores a la hora de encarrilar nuestra existencia. Esta pluralidad tan patente en la vida cotidiana, en el cuerpo social, es rica en sí misma y embellece la realidad. No habría nada peor que habitar en un universo uniforme, idénticamente igual, donde no existiese ninguna singularidad, ninguna originalidad, ningún contraste. La diferencia es bella en sí misma, mientras que la reiteración de lo mismo resulta empobrecedora desde todos los puntos de vista.

Sin embargo, no siempre es fácil vivir con los demás, especialmente cuando éstos viven según otros valores y tienen otras costumbres y hábitos sociales. No es lícito hacer una mera apología de la pluralidad, sin darse cuenta de las tensiones que se generan. La diversidad es fecunda pero es necesario educar a las personas para que sepan vivir en una atmósfera plural. En cierto modo, es más fácil vivir en la uniformidad porque todos los movimientos del otro son previsibles y esperables, pero vivir en la diversidad exige un aprendizaje social y una buena dosis de elasticidad anímica. Considerando que la tensión es inherente en un marco de pluralidad axiológica, se hace necesario aprender a vivir esta tensión (y en ella), sin caer en la violencia, en la coacción y, mucho menos en formas de colonialismo.

Cada uno tiene derecho a vivir su propia vida libremente, pero esto también quiere decir que tiene el deber de respetar la vida del otro y su forma de expresividad. Sólo cuando una forma de vida atenta directamente contra la vida de otro o bien contra alguno de sus derechos fundamentales, es necesario intervenir y apelar a una ética mínima. Los valores que aquí reseñamos nos ayudan a vivir individualmente, pero también colectivamente, especialmente en un marco de pluralidad social. Son valores que favorecen el crecimiento personal, pero también

el crecimiento como pueblo, y fomentan la convivencia y la buena armonía social.

En términos generales, la diferencia genera miedo y, en algunos casos, incluso rechazo. Todo lo que es diferente nos sorprende, nos desconcierta e, incluso, puede amenazarnos; mientras que todo lo que es igual nos tranquiliza, nos reconforta porque ya sabemos qué consecuencias tiene. Ante la diferencia sentimos miedo, tememos perder nuestra frágil identidad y, por ello, ponemos en práctica la actitud defensiva, nos encerramos dentro del recinto de la propia muralla y tratamos de evitar el choque con los demás. No es correcto plantear el reto de la diferencia en términos exclusivamente problemáticos, sino que también es necesario plantearlo en términos de posibilidad. La diferencia es una invitación a vivir, de otra manera, nuestra existencia y nos invita a ver el mundo con otros ojos. Es necesario aprender a disfrutar del hecho de la diferencia y darse cuenta del juego de relaciones que se producen y de la fecundación resultante, tanto a nivel cultural como de valores.

Los valores se manifiestan en nuestras acciones y omisiones, en nuestras palabras y también en nuestros silencios. Pero una cosa son los valores que creemos poseer y otra cosa, bien diferente, son los valores que *realmente* vivimos en nuestra vida. Para averiguar los valores que mueven una existencia hacia un determinado horizonte de sentido, no hay otra manera de investigarlos que fijando la atención en la manera cómo se desarrolla aquella vida. A través de sus movimientos, podremos ir averiguando cuáles son los valores reales que hacen mover aquella vida en una determinada dirección. Los valores son como horizontes de referencia que orientan nuestra vida hacia un determinado sentido.

Vivimos en un mundo en donde no hay un único horizonte de sentido. Los humanos damos sentido a nuestra vida de maneras muy diferentes y esto explica que nuestra noción de tiempo y espacio también sea muy diferente. Cuando afirmamos

que algo tiene valor, estamos diciendo que vale la pena dedicarle tiempo y esfuerzo y que este tiempo y este esfuerzo que estamos invirtiendo tienen sentido; mientras que, cuando algo no tiene valor para nosotros, tampoco tiene sentido dedicarle tiempo y esfuerzo. Existe, por tanto, una íntima relación entre tiempo, sentido y valores.

Veámoslo con algunos ejemplos. Para el lector empedernido, leer libros no es una pérdida de tiempo, sino que tiene valor y, lo tiene porque tiene sentido. A través de la lectura se da cuenta de que enriquece su espíritu y de que amplía sus perspectivas vitales. Para el corredor de fondo, en cambio, correr una larga distancia no es una pérdida de tiempo porque correr tiene valor por sí mismo y tiene valor porque tiene sentido. Se da cuenta de que de esta manera aprende a dominar su cuerpo, consigue moderar sus tensiones cotidianas y a meditar personalmente sobre su vida.

Se podría afirmar que, de hecho, ahí donde reflejamos auténticamente cuáles son nuestros valores es en la gestión del tiempo que hacemos a lo largo de nuestra vida. Lo podríamos expresar en una sola frase: “Dime qué haces con tu tiempo vital y te diré cuáles son tus valores”. La relación con una persona que vive su vida a partir de unos valores diferentes, los propios, siempre es interpelante y, a la vez, desafiante. El contacto con una persona, un extraño moral —podríamos decir—, nos ayuda a ver el mundo con otros ojos y esto nos obliga a proyectar una mirada crítica hacia los propios valores personales.

No es cierto que vivamos en una permanente crisis de valores y no es nuestra finalidad tratar de paliar, aunque sea mínimamente, esta crisis de valores con la publicación de un texto en donde estén contenidos cien valores diferentes. Vivimos en un mundo en donde más bien existe una inflación de valores, en donde conviven estilos de vida diferentes, en donde se da una auténtica pluralidad de costumbres y de hábitos que enriquecen notablemente nuestras sociedades. Sí que es cierto

que algunos valores transmitidos generacionalmente se han desvirtuado o bien se han transformado con celeridad, pero los humanos no podemos vivir sin valores, aunque no seamos del todo conscientes, en todas nuestras acciones siempre hay algún tipo de valor o contravalor imperante. Es necesario tomar conciencia y ser capaces de hacer autocrítica con respecto a nuestros propios hábitos y costumbres.

Partamos de la idea de que la felicidad no reside en las grandes cosas, en las grandes palabras o en las grandes conquistas, sino en las pequeñas cosas de la cotidianidad. Quizá alguien considerará que esta idea de felicidad es muy minimalista e, incluso, dimisionaria, pero estamos convencidos de que la vida buena, la vida bella y armónica, tal como dirían los griegos, no se alcanza persiguiendo grandes hitos, al estilo de Prometeo o de Fausto, sino en la manera de asumir la propia cotidianidad y la capacidad que tenemos de darle forma con nuestras manos. No podemos perder de vista el carácter finito y vulnerable de la condición humana.

Los valores nos ayudan a vivir con intensidad nuestra cotidianidad y, cuando vivimos coherentemente nuestra vida con nuestros propios valores, nos sentimos profundamente felices. De hecho, existe una estrecha relación entre valores y felicidad. La felicidad es, en pocas palabras, la vida ordenada, la existencia armónica y equilibrada. En cambio, cuando alguien vive su vida en oposición constante con los valores que siente dentro de la conciencia, se siente infeliz y vacío. Por otra parte, cuando es capaz de proyectar en su existencia, en la vida de cada día, los valores que palpitan en su conciencia, su vida adopta una forma ordenada y bella, no hay fractura entre el hombre exterior y el hombre interior, entonces hay transparencia.

* * *

Para facilitar la lectura de esta obra, nos proponemos describir a continuación la arquitectura del texto, a fin y efecto de poder localizar mejor el sentido de cada valor y su correspondiente agrupación en este libro. El texto que sigue a continuación permite múltiples lecturas y está pensado para que el lector se sienta muy libre a la hora de leerlo. Puede empezar por cualquier lugar, en función de sus intereses y apetencias personales. Hemos organizado esta pequeña enciclopedia de los valores en diez bloques, cada uno de los cuales está integrado por diez valores.

Cada bloque se corresponde con una dimensión de la vida humana. Es evidente que, ni están todas, ni tampoco nos hemos propuesto integrarlas todas, lo cual sería, por nuestra parte, una pretensión desmesurada y casi fáustica. El ser humano es una realidad pluridimensional y no hemos pretendido ser exhaustivos en este punto. Hemos resaltado diez aspectos de la vida humana que consideramos muy trascendentes, tanto desde el punto de vista individual como colectivo y en cada uno de estos bloques hemos destacado diez valores que creemos que pueden potenciar la vivencia de aquella dimensión. Estas diez dimensiones son las siguientes: los otros (I), la interioridad (II), la naturaleza (III), la vida cotidiana (IV), el arte (V), las situaciones límite (VI), el ocio (VII), el trabajo (VIII), la educación (IX) y el futuro (X).

El primer bloque está destinado a pensar en nuestra relación con los demás y a averiguar qué valores nos ayudan a vivir armónicamente con ellos. Partimos de la idea de que los valores nos ayudan a mejorar y a perfeccionar nuestra relación con los demás. El ser humano es un animal perfectivo que, a lo largo de su vida, tiene la capacidad de madurar y de perfeccionar en muchos aspectos, pero no de una manera inmediata sino mediante el esfuerzo y el trabajo.

Los valores son piezas esenciales para la mejora de la persona y de las sociedades en general. Sin escogerlo, nos damos

cuenta de que los demás forman parte de nuestro mundo y de que existen formas de interacción con ellos que resultan gravemente contraproducentes. Entre los valores que nos ayudan a cohesionar nuestra relación con los demás y a hacerla más plena y más consistente, hemos destacado los siguientes: el valor de la *alteridad* (1), el de la *amistad* (2), el de la *civilidad* (3), el de la *hospitalidad* (4), el de la *confianza* (5), el del *diálogo* (6), el de la *fraternidad* (7), el del *honor* (8), el del *perdón* (9) y el de la *fidelidad* (10).

El segundo bloque del libro está orientado a los valores de la interioridad. La persona humana no es solamente una exterioridad que vive de cara afuera, sino que es un ser capaz de una vida propia, un ser capaz de zambullirse en su interior y de “pensarse” a fondo. Existen una serie de valores que nos ayudan a relacionarnos intensamente con nosotros mismos y, de paso, perfeccionan nuestras relaciones con los demás. Entre estos valores hemos destacado los siguientes: el de la *aceptación* (11), el de la *coherencia* (12), el del *compromiso* (13), el de la *meditación* (14), el de la *corporeidad* (15), el de la *elegancia* (16), el de la *flexibilidad* (17), el del *desinterés* (18), el de la *alegría* (19) y el del *consejo* (20).

El tercer bloque del libro está dedicado a estudiar la relación entre el ser humano y la naturaleza. He aquí una relación tensa y difícil. Nos damos cuenta de que la forma de interacción que ha presidido esta relación en los últimos dos siglos no es sostenible, sino francamente negativa tanto para el futuro del entorno natural como para el futuro de la especie humana. Por tanto, es esencial que la persona aprenda a querer y a valorar el entorno natural y, para ello, es indispensable que asuma una serie de valores y que los haga efectivos en esta interacción con la naturaleza globalmente considerada. Entre estos valores que hemos enfatizado están los siguientes: la *benevolencia* (21), la *ecodulia* (22), el *silencio* (23), el *estudio* (24), la *austeridad* (25), la *inacción* (26), la *gratitud* (27), la

solidaridad cósmica (28), el valor de la *sencillez* (29) y el valor de la *sostenibilidad* (30).

El cuarto bloque del libro está orientado a reflexionar sobre la vida cotidiana. La vida cotidiana es rica y compleja y para vivirla con intensidad es necesario ir equipado con un buen conjunto de valores. Además, la vida cotidiana oscila de manera inestable entre la belleza y la fealdad, entre la alegría y el tedio, entre la felicidad y el desencanto. Para afrontar este vaivén continuo, es esencial interiorizar un conjunto de valores que fortalezcan la personalidad y la hagan más dúctil, pero, a la vez, más independiente. Existen una serie de valores que facilitan y equilibran debidamente la vida de cada día y la hacen más afable y más fecunda. La cotidianidad puede mostrarse monótona y gris y es esencial saber introducir mecanismos para superar esta tendencia. La vida de cada día sería muy diferente si fuéramos capaces de vivir los siguientes valores: la *cortesía* (31), la *mansedumbre* (32), el *respeto* (33), la *simpatía* (34), el *tacto* (35), la *cordialidad* (36), la *discreción* (37), la *generosidad* (38) y la *sobriedad* (39).

El ser humano es un animal estético. Es capaz de quedarse pasmado ante una obra de arte y de disfrutar en su interior de su contemplación. La percepción de la belleza no es ajena a la vida humana, sino que forma parte intrínseca de ella. Para poder desarrollar a fondo esta capacidad estética, la de percibir la belleza inherente a la realidad y a todas las cosas, es esencial el despliegue de cierta pedagogía, de una educación del sentimiento de belleza. Sólo si interiorizamos determinados valores, podremos disfrutar a fondo de este tesoro que nos ofrece la realidad humana que es el arte. Generalmente, interpretamos los valores en términos de moral, de corrección o de incorrección, pero existen valores de orden estético que nos facultan para vivir con intensidad nuestra dimensión estética. En el quinto bloque hemos destacado los siguientes valores: la *contemplación* (41), la *belleza* (42), la *concentración* (43), el *entusias-*

mo (44), la *jovialidad* (45), la *unicidad* (46), la *soledad* (47), la *serenidad* (48), la *musicalidad* (49) y la *inquietud* (50).

El ser humano atraviesa a lo largo de su vida situaciones límite, experiencias duras y difíciles de digerir, que convierten la vida humana en una tragedia, en un clamor, en un ultraje. Aunque social y culturalmente hemos hecho del dolor un tabú, el sufrimiento no es ajeno a la vida humana, sino todo lo contrario, es inherente a ella. Vivir es sufrir, aunque no sólo padecer, ni exclusivamente sufrir, pero el sufrimiento no es extraño a la vida. No obstante, no siempre sabemos asumirlo con madurez y, menos todavía, afrontarlo con dignidad. También es cierto que hay sufrimientos de tonalidades muy diversas y que, a veces, hay dolores que superan con creces la capacidad humana. Sin embargo, es necesario concienciarse de que el dolor, y quien dice el dolor dice también la enfermedad, la vejez, la decepción, la frustración, el desengaño y, finalmente, la muerte, forman parte consustancial de la vida y de que hace falta cultivar determinados valores para asumir esta dimensión trágica de la vida humana.

De ahí que sea tan necesario asumir una serie de valores que alimenten a la persona y la hagan apta para afrontar estas situaciones dilemáticas, que inevitablemente nos comporta el hecho de vivir. En el sexto bloque, desarrollamos diez valores para afrontar las situaciones de debilidad; son los siguientes: la *fortaleza* (51), la *humildad* (52), el *sentido del misterio* (53), la *paciencia* (54), el *escuchar* (55), la *resiliencia* (56), la *compasión* (57), la *templanza* (58), la *veracidad* (59) y la *tenacidad* (60).

Aunque aún no hayamos entrado, ni por asomo, en la sociedad del ocio, el hecho es que la persona humana además de definirse como un *animal laborans*, también se puede definir como aquel animal que juega (Eugeni d'Ors *dixit*) y que se distrae o, al menos, que trata de vivir con placer el ocio del que dispone. Es cierto que gran parte de nuestra vida nos la

pasamos trabajando, pero el ocio en nuestra sociedad no es accidental sino que también forma parte de la vida humana. Sin embargo, existe un ocio positivo que educa y forma a la persona en su totalidad; pero también existe un ocio negativo que destruye a la persona y a las relaciones interpersonales en el seno de la sociedad. Para poder disfrutar con plenitud del poco ocio del que disponemos, es necesario que interioricemos unos determinados valores, que son los que hemos desarrollado en el séptimo bloque: la *espontaneidad* (61), la *fiesta* (62), el *humor* (63), el *juego* (64), la *astucia* (65), la *curiosidad* (66), el *pudor* (67), la *tolerancia* (68), la *sinceridad* (69) y la *buena conversación* (70).

Gran parte de la actividad humana la ocupa, tal como comentábamos anteriormente, el trabajo cotidiano. Mediante el trabajo, transformamos la realidad y también nos transformamos a nosotros mismos. Las manos de un agricultor son duras y ásperas porque el contacto con la tierra ha cambiado su fisonomía. Puede considerarse el trabajo como un castigo y, de hecho, hay muchas formas de trabajo que son perniciosas para la persona porque la reducen a la mera categoría de instrumento. Pero el trabajo entendido como una actividad que ennoblece al ser humano y que le llena de satisfacción no tiene nada que ver con esta relación instrumental a la que nos referimos. Para poder desarrollar en la cotidianidad el propio trabajo, nos hace falta asumir una serie de valores. En el octavo bloque, hemos expuesto los valores del mundo del trabajo y hemos destacado los siguientes: la *laboriosidad* (71), la *honestidad* (72), la *imaginación* (73), la *competencia* (74), la *prudencia* (75), la *puntualidad* (76), la *urbanidad* (77), el *rigor* (78), la *eficiencia* (79) y la *disponibilidad* (80).

La educación es esencial en la vida de la persona, no tan sólo en las primeras etapas de su existencia sino a lo largo de todo su desarrollo. Necesitamos formarnos, adquirir conocimientos y hábitos para poder afrontar la cruda realidad. Preci-

samente porque el ser humano es indigente y precario necesita formarse continuamente, ya que de esta manera va desarrollando su personalidad en un mundo que, en muchas ocasiones, se presenta de manera hostil. En la novena parte de esta obra, exploramos los valores esenciales de la educación pensando en términos de futuro. Entre estos valores nos referiremos a los siguientes: a la *memoria* (81), a la *seriedad* (82), a la *responsabilidad* (83), a la *igualdad* (84), a la *inocencia* (85), a la *libertad* (86), a la *epiqueya* (87), a la *piEDAD filial* (88), a la *racionalidad* (89) y a la *longanimidad* (90).

No es nada fácil imaginarse cómo será el futuro y menos todavía desde nuestro presente, que cambia con tanta celeridad. Tenemos cierta capacidad para anticipar algunos movimientos y para imaginar determinados escenarios en el porvenir, pero existen muchos aspectos de nuestro futuro inmediato y lejano que desconocemos y que tendremos que ir digiriendo, tanto a nivel personal como a nivel colectivo, tan pronto como se presenten. No es necesario temer al futuro, pero tampoco lo hemos de aceptar de manera resignada como si todo ya estuviese escrito y no pudiésemos hacer nada para cambiarlo. El futuro depende, esencialmente, de nosotros y de nuestra acción en el mundo. En la última parte de este texto nos hacemos eco de una serie de valores que nos preparan anímicamente para encarar el futuro sin miedo y con una buena dosis de esperanza. Entre estos valores hemos recogido los siguientes: la *buena fe* (91), la *creatividad* (92), el *coraje* (93), la *crítica* (94), la *perseverancia* (95), la *fe* (96), la *magnanimidad* (97), la *paz* (98), la *justicia* (99), el valor de la *esperanza* (100).

Al final del libro, adjuntamos una breve bibliografía que tiene como finalidad orientar al lector y ofrecerle material para proseguir su reflexión más allá de este libro.

Morgovejo (León), agosto de 2001

I
LOS OTROS

La primera evidencia que tenemos cuando observamos el mundo que nos rodea, sin penetración, es que los otros* existen. Mucho antes de tomar conciencia de mi propio ser, tomo conciencia de la existencia de los otros. Me los encuentro por la calle, los veo desde mi ventana, los oigo desde mi cuarto de trabajo. Aunque intente evitar su presencia, los otros están presentes y configuran el entorno de mi existencia personal. No son un sueño, ni una ficción, ni el producto de la imaginación de un dios menor, sino que son realmente reales, aunque, seguramente, siempre hay una distancia entre lo que son y lo que veo en ellos.

Los otros forman parte de mi vida, no los puedo aniquilar, ni me puedo desentender de ellos. Están aquí y allá, me rodean y forman parte de mi paisaje personal. Pero no son figuras

* N. de la T.: se ha tenido a bien traducir en diferentes momentos del libro el concepto de “los demás” por el de “los otros”; se procura respetar así la idea que transmite el autor y que recoge con acierto en éste su primer bloque temático.

estáticas, como si se tratase de piezas de un paisaje prefabricado, sino que son figuras dinámicas, que se mueven, que ríen, que se pelean, que se dirigen a mí y que reclaman mi atención.

Los otros forman parte de mi mundo y, aunque no quiera reconocerlo, mi existencia se debe a éstos. El recién nacido no podría subsistir si alguien no estuviese por él y lo cuidase. Para poder crecer y llegar a la madurez personal, el hombre necesita la intervención y la generosidad de otros seres humanos que estén dispuestos a cuidarlo, a responder a sus solicitudes. El anciano enfermo tampoco podría vivir los últimos momentos de su existencia con dignidad si otro no cuidase de él, hasta el último respiro.

Los otros no son parte de un decorado estático, sino que están en continua interacción con mi persona y su influencia no es nada irrelevante. Me doy cuenta de que no estoy sólo en el mundo, aunque soy capaz de aislarme del tejido social y de practicar el aislamiento, pero me cuesta un esfuerzo, cierta ejercitación. De hecho, me encuentro, muchas veces sin quererlo y sin saberlo, constantemente confrontado con los demás.

Desde el nacimiento hasta la muerte, el ser humano está en continua relación con los demás y establece con ellos diferentes formas de relación. Podemos tejer diferentes vínculos con los otros, no tan sólo en un momento dado, aquí y ahora, sino también a lo largo de nuestra vida. Se puede vivir amando a los demás, pero también odiándolos. Se puede vivir de espaldas a los demás o bien prescindir de ellos directamente, aunque en un sentido puro este intento es completamente imposible. No todas las relaciones que establecemos con los demás son igualmente legítimas, ya que existen algunas que pueden erosionar gravemente su existencia.

La ética, precisamente, se refiere al análisis de las relaciones que establece el ser humano con los demás. Constatamos que existe una pluralidad de formas relacionales, pero nos damos cuenta de que no todas han de ser valoradas de la misma manera.

La ética trata de discernir la calidad de nuestras relaciones con los demás. En la manera de establecer vínculos con los otros se reflejan nuestros valores personales. Los valores se manifiestan en la relación interpersonal y es a partir del análisis de esta relación que podemos decir cuáles son los valores de una determinada persona.

En este bloque desarrollamos una serie de valores que facilitan, catalizan y potencian la convivencia con los demás, unos valores que facilitan la fluidez comunicativa entre la persona y su entorno. Sabemos que existen contravalores que dificultan la relación armónica con los otros y no los olvidamos. La xenofobia; la discriminación de orden sexual, racial, económica o política; la intolerancia y otras prácticas de la vida cotidiana son del todo negativas para abrirse a los otros y establecer con ellos una relación fluida. No obstante, existen una serie de valores que son altamente positivos para aprender a convivir equilibradamente con los que nos rodean. De estos valores queremos tratar en este primer bloque.

En primer lugar, nos referimos al propio valor de la *alteridad* (que proviene de *alter*, que quiere decir *otro* en latín) (1), porque creemos que el hecho de que haya otras personas a parte de uno mismo es ya, en sí mismo, un gran valor que hace falta reconocer y apreciar. En segundo lugar, nos referimos al valor de la amistad, porque el vínculo de la *amistad* (2) es una de las formas más bellas que puede adoptar la relación con los demás. Tal como han dicho los clásicos del pensamiento de todos los tiempos, la amistad es un tesoro que no tiene precio y es uno de los valores que llena más felizmente la existencia del hombre.

En tercer lugar nos referimos al valor de la *civilidad* (3). Vivir con los otros no es fácil (¡nunca lo ha sido!), especialmente cuando los otros son otros de verdad. Cuando los otros se parecen a mí mismo y tienen unos hábitos y unas costumbres muy homogéneos a los propios, la dificultad se evapora. La

civilidad es un valor que nos faculta para aceptar a los demás tal como son, con sus virtudes y sus defectos. Gracias a la civilidad somos capaces de construir ciudades, espacios de convivencia y de entendimiento entre los humanos.

En la vida cotidiana constatamos que hay otros seres humanos que padecen situaciones vulnerables, que atraviesan circunstancias de sufrimiento y de dolor. El otro vulnerable solicita mi ayuda con su mirada y me reclama hospitalidad. Me puedo negar y hacerme el sueco, pero el deber de humanidad me obliga a recibirlo en mi casa y a paliar, en la medida que pueda, su indigencia. En cuarto lugar, nos referimos al valor de la *hospitalidad* (4), que es, precisamente, la que nos faculta para atender al otro-extranjero vulnerable, la que nos prepara anímicamente para acogerlo y para hacerle un sitio en nuestro propio hogar. En quinto lugar, nos referimos al valor de la *confianza* (5), porque los humanos necesitamos, como el aire que respiramos, de este valor para poder vivir en sociedad y establecer vínculos afectivos los unos con los otros. La pérdida de la confianza es uno de los síntomas más graves de nuestro mundo y es necesario potenciar nuevas relaciones de confianza, para que todo el mundo pueda expresarse tal como es en su singularidad.

En sexto lugar, haremos referencia al valor del *diálogo* (6). Aunque la palabra *diálogo* es un término desgraciadamente muy desgastado y que ha perdido gran parte de su valor semántico, ciertamente creemos que el diálogo es uno de los instrumentos más valiosos de los que dispone el ser humano para llegar al entendimiento con los demás. En situaciones de conflicto o de incompreensión, el diálogo nos faculta para buscar una solución a través del ejercicio de la palabra. No es nada fácil dialogar y no se ha de confundir el ejercicio del diálogo con la conversación banal o la mera yuxtaposición de frases. El diálogo tiene un horizonte de referencia que es la verdad y exige, por parte de sus actores, una gran predisposición intelectual y anímica.

En séptimo lugar, haremos referencia al valor de la *fraternidad* (7). Ser fraterno quiere decir tratar al otro-extraño como si fuera un hermano. De entre los otros que se mueven a mi alrededor, constato que hay algunos —pocos— que son hermanos míos porque somos hijos del mismo padre y de la misma madre. Pero el resto, la inmensa mayoría, no forma parte de mi universo familiar y afectivo. Ser fraterno en el mundo significa intentar tratar al otro, a cualquier otro, sea o no de los míos, como si se tratase de un hermano, es decir como si fuese de los míos. En el fondo, la fraternidad consiste en superar la distancia entre los míos y los otros. La fraternidad es un valor de máximos que exige un gran trabajo interior y una fuerte capacidad para superar los prejuicios que enturbian nuestra relación con los demás.

El octavo valor que tratamos en este bloque es el del *honor* (8). El honor ni se compra ni se vende, porque no es un valor material, sino inmaterial. Tratar a una persona con honor significa respetarla por lo que es y no por aquello que aparenta ser. El penúltimo valor que tratamos en este apartado es el del *perdón* (9) entre personas y colectivos. En el seno del tejido humano se producen fracturas, tirantez, e, incluso, rupturas. El valor del perdón nos permite empezar de nuevo, establecer otra vez los vínculos rotos y reiniciar nuestra relación con los demás.

El último valor al que nos referimos en este apartado es el valor de la *fidelidad* (10). La relación con los otros sólo llega a ser realmente fructífera y fecunda si se prolonga a lo largo del tiempo. Entonces, el otro se convierte en alguien trascendental para la propia vida. Para conseguir este reto, es necesario cultivar el valor de la fidelidad. El simple encuentro circunstancial con el otro no es educativo ni formador, porque se trata de un encuentro accidental, que no acaba de cuajar en la propia personalidad. Sólo una relación mantenida a lo largo de una sucesión de momentos se convierte en una relación

fiel y, cuando esto pasa, el otro deja de pertenecer a la categoría del anonimato para convertirse en alguien con un rostro, una cara y unos ojos, que forman parte indisociable de mi universo más íntimo.

En definitiva, la persona es un ser constitutivamente abierto a los demás; como los clásicos decían, un animal político, pero para conseguir una óptima relación con los otros es necesario cultivar determinados valores. Partamos de la idea de que los otros no son el infierno, ni son un mal necesario de nuestra existencia, ni una condena que hemos de pagar por el simple hecho de estar vivos, aunque en algunos momentos podamos estar tentados a pensarlo así, sino que creemos que los otros son, antes que nada, una posibilidad, un don y una interpelación. Son una posibilidad para el desarrollo personal, pero sólo lo son si establecemos una relación de calidad con ellos, ya que de esta manera esta posibilidad se convierte en fáctica. Son un don porque me los he encontrado sin haberlos buscado, porque no he hecho nada meritorio para que éstos existan; y, en último lugar, son una constante interpelación, porque los otros me desafían y me obligan a pensarme a mí mismo y a pensar el valor que tiene la existencia y los lazos humanos.

MÁS ALLÁ DEL YO, MÁS ALLÁ DEL TÚ: LA ALTERIDAD

No podemos decir que, en la vida cotidiana, los otros aparecen frecuentemente como un obstáculo que se ha de superar o bien evitar. La imagen que socialmente nos configuramos de los demás en las grandes metrópolis es, en términos generales, negativa. Es evidente que, en muchas circunstancias, éstos dificultan el desarrollo de la propia vida, de la actividad laboral e, incluso, del ocio, pero esta visión negativa de los otros no nos permite descubrir el valor auténtico de la alteridad.

Imaginémonos, aunque sólo sea por unos momentos, un mundo sin otros. Alguien podría pensar que un mundo así sería un auténtico paraíso, porque su libertad no se vería limitada por nadie y podría disfrutar de todo el espacio, sin tener que pedir permiso a ningún otro ser humano. El hecho es que un mundo sin los otros sería un mundo tremendamente oscuro y empobrecido. Los otros son un valor en sí mismo y son absolutamente necesarios para el crecimiento armónico de la persona individual. Los otros influyen decisivamente en el desarrollo de la propia vida ya que no vivimos aislados los

unos de los otros, sino en continua interacción. Esta influencia, lejos de ser negativa, nos enriquece exponencialmente y nos mejora desde todos los puntos de vista.

Sin darnos cuenta, muchas veces hacemos descripciones de los demás de una manera injusta y simple. Calificamos a los otros como un todo homogéneo. Decimos que los otros piensan esto, hacen aquello, creen en estos dioses y consumen estos objetos. Empleamos la palabra “gente” para referirnos a los otros como un todo global. Pero, muchas veces, cuando decimos lo que hacen, creen o piensan no estamos haciendo otra cosa que proyectar lo que nosotros, propiamente, hacemos, creemos o pensamos. No somos tan diferentes los unos de los otros. Hay más puntos en común de los que imaginamos.

Los otros son plurales y cada individualidad que compone la colectividad es diferente y singular y ha de ser tratada y justificada como una entidad aislada. Los otros no son una ficción de la mente que podamos borrar cuando ya no nos plazca, sino que tienen entidad, están por todas partes y piden una respuesta ética. Los otros son un valor porque nos impelen a vivir cívicamente y a respetar las leyes de la convivencia. No se ha de contemplar a los demás como un obstáculo, sino más bien como una posibilidad. ¿Posibilidad para qué? Posibilidad para el encuentro, para la conversación, para el trabajo, para el vínculo amoroso.

Nos damos cuenta de que el otro es un valor cuando establecemos una buena relación con él. El otro se convierte en un obstáculo e, incluso, en un inconveniente en la propia vida cuando el vínculo que establezco con él es negativo y pernicioso para los dos. Cuando el otro, en cambio, me escucha, cuando el otro me educa, cuando el otro hace que mi vida tenga sentido, me doy cuenta del valor del otro. Muchas veces sólo me doy cuenta de este hecho cuando el otro ya no está. La ausencia del otro nos hace tomar conciencia del valor que tenía.

Decir que los otros son un valor, quiere decir que son importantes en la propia vida, significa reconocer que nuestra vida sería diferente sin ellos. No somos náufragos que vivimos aislados en una isla virgen, como Robinson Crusoe, sino singularidades que velamos por vivir felices en un mundo terriblemente inestable. Nos damos cuenta de que la felicidad no se consigue sin los demás, aunque a veces éstos pueden convertirse en auténticos obstáculos de la felicidad personal. “El hombre que vive solo no puede ser feliz”, decía Aristóteles y, seguramente, tenía razón, aunque es necesario reconocer que cierta dosis de soledad, como veremos más adelante, es necesaria para una vida equilibrada. Sin embargo, la felicidad es un estado de ánimo que requiere la apertura hacia los demás y el reconocimiento por parte de los demás.

El ser humano no es Dios, sino una realidad muy huidiza e inestable que necesita constantemente de los demás para su desarrollo. Nos damos cuenta de este hecho cuando hacemos una retrospectiva autobiográfica. Si algún otro no me hubiese cuidado, no habría podido crecer, yo no existiría ni podría escribir estas líneas, pero tú, lector, tampoco existirías si alguien no te hubiese puesto en el mundo y algún otro no te hubiese enseñado a leer. El otro es consustancial en mi vida y, aunque pretenda desentenderme de él, el otro siempre está presente, estuvo en el origen de mi nacimiento y me acompaña en mi crecimiento y en mi desarrollo.

El drama del náufrago Robinson Crusoe en aquella isla desierta en donde se encuentra es precisamente el hecho de encontrarse solo. Desea una compañía humana para compartir sus estados anímicos, sus inquietudes y angustias, necesita calidez y ternura humanas y se siente solo, terriblemente solo en aquel universo perdido en el océano. El drama de Frankenstein también es la soledad. Desea una compañía de su naturaleza, que le acepte tal y como es, en su fealdad y, por este motivo, exige a su creador que construya una mujer tan fea como él

para que pueda sentir el calor de otro ser humano, aunque esté zurcido con cadáveres de otros.

Esto no significa que los otros sean, en sí mismos, negativos, sino que es necesario establecer una forma de relación entre todos que permita este vínculo armónico, que es la felicidad. La obsesión de los otros y mi propia obsesión coinciden en este punto: tanto los demás como yo deseamos ser felices pero no siempre conseguimos aquel equilibrio que esperamos tener en la vida. Me doy cuenta de que existen formas de vivir con los demás que me llenan de satisfacción y de que existen maneras de vivir con los demás que son nocivas porque generan tensión y violencia. Si esto es así, estaría bien tratar de convertir toda relación con los otros en esta forma ideal de tan difícil acceso.

UN VALOR ANTIGUO Y SIEMPRE NUEVO: LA AMISTAD

La amistad es uno de los valores más trascendentales en la historia del pensamiento occidental, hasta tal extremo que, según los clásicos, es inconciliable la vida feliz sin el cultivo de la amistad. El hombre feliz tiene amigos, mientras que el hombre infeliz no tiene amigos. En el epicureísmo se afirma que de todas las cosas que la sabiduría adquiere para procurar la felicidad en esta vida, la más importante, y, con diferencia, es la posesión de la amistad.

Así pues, la amistad parece un ingrediente esencial en la felicidad personal, de ahí que sea tan relevante cuidarla y potenciarla a lo largo de la propia biografía. Es necesario cuidar las amistades y cultivarlas, porque sin amigos el mundo se convierte en una masa opaca y amorfa, en un universo hostil en donde la única ley que rige es la supervivencia.

La amistad es un valor que expresa una manera de relacionarse con los demás. Somos conscientes de que podemos establecer diferentes vínculos con los otros pero no todo vínculo puede ser calificado, ni muchísimo menos, de amistad. De

hecho, de amigos, tenemos muy pocos; mientras que, de conocidos, tenemos muchos más. La amistad siempre es selectiva y pide tiempo. ¿Pero qué tipo de relación es la relación que calificamos de amistad? Es una relación, como dijo Aristóteles y Santo Tomás, basada en la mutua *benevolencia* (21).

Los amigos se desean el bien los unos a los otros, velan, recíprocamente, por el bien del otro. Es incompatible la indiferencia con la práctica de la amistad, porque lo que es indiferente al otro, significa que le es irrelevante el estado de ánimo ajeno y, en esta circunstancia, no existe posible relación de amistad. La amistad es una de las formas más nobles del movimiento amoroso que vincula la persona con los seres de su alrededor. Esta vinculación puede adquirir formas bien diferentes y diversos grados de perfección. Una de las formas más elevadas es la que llamamos el encuentro.

La conducta amistosa sólo es posible si se cumplen las siguientes condiciones: es necesario adoptar una actitud de *generosidad* (38), *disponibilidad* (80) y entrega. Es necesario abrirse al otro y vibrar con él, sintonizar con sus deseos y proyectos, alegrías y penas. Esta vibración es lo que llamamos *simpatía* (34). Es necesario manifestarse de una manera veraz, sincera y franca. La amistad requiere guardar la *fidelidad* (10), es decir, crear en todo momento las relaciones de convivencia que uno ha prometido crear en un momento. La *fidelidad* (10), como veremos después, no se reduce al hecho de soportar.

La amistad requiere una manera de relacionarse con el otro que se ha de calificar de paciente. Es necesario comportarse de manera cordial, es necesario tratar al otro con *respeto* (33). Es necesario ser comprensivo con el otro y su situación y es necesario poner en marcha una imaginación creadora con el fin de adivinar los ideales que el otro persigue en su vida y los proyectos que acaricia. La verdadera amistad no está sometida ni al espacio ni al tiempo. Toda forma de amor verdadero pide eternidad. Como ha escrito Gabriel Marcel, amar

a una persona es decirle: tú no morirás nunca. Amar a otro es desear que sea siempre el que es, que no cambie.

La amistad, como todo verdadero encuentro, transfigura la vida humana y la eleva a un plano de creatividad y de valor. Como dice Saint-Exupéry al final de *El principito*, cuando la amistad ha alcanzado su meta, el desierto se convierte en el paisaje más bello de la tierra, la muerte deja de ser un fin para convertirse en un tránsito hacia casa y los espacios siderales pierden su frialdad inhóspita al saber que en un lejano asteroide habita una persona amiga. La amistad es el mejor antídoto contra la soledad y el aislamiento. En toda situación, la amistad llena nuestra vida.

Existen diferentes formas de amistad. La amistad perfecta es el vínculo más fuerte que puede existir entre los hombres. Cicerón dice que la amistad es la forma más bella que puede adquirir la relación interpersonal y que es buscada por ella misma, es decir, como un fin en sí misma. Contrapuesta a ésta, existe la pseudoamistad, que son el conjunto de amistades contingentes e interesadas que duran mientras duran los intereses que las hacen posibles. Tal como Michel de Montaigne nos transmite en sus *Ensayos*, generalmente, lo que llamamos amigos y amistades no son otra cosa que conocidos y familiaridades fruto de las relaciones esporádicas.

Discernir el *verus amicus*, o sea, el amigo verdadero, no es nada fácil en la cotidianidad. La amistad se pone a prueba en los momentos difíciles. Entonces, podemos diferenciar con claridad aquel que nos quiere y nos acepta de aquel que se acerca a nosotros con otras finalidades. La amistad no se trata tan sólo de un sentimiento, sino que es una actividad común. Diógenes Laerci dice que dos amigos son como un alma que reside en dos cuerpos.

La semejanza, como dice Aristóteles, puede ser el origen de la amistad, pero no necesariamente aquello que la sostiene ni el fin por el cual existe. Se ha de fundamentar en un deseo

de bondad, orientado recíprocamente, hacia una parte y hacia la otra. Es necesaria la prudencia en el ejercicio de la amistad. Es necesario no invadir el territorio del otro sin que el otro nos haya dado permiso para adentrarnos en él. No hay ninguna desconfianza en la práctica de la *pulcherrima amicitia*.

El valor de la amistad está íntimamente relacionado con el valor de la *libertad* (86). De hecho, no existe una auténtica amistad desde un régimen de libertad plena. Si me siento obligado a establecer un vínculo con una persona, sea por razones políticas, económicas o profesionales, no por ello soy amigo suyo, aunque como consecuencia de este vínculo instrumental pueda surgir, con el tiempo, un vínculo de otra naturaleza que llamemos amistad. La amistad requiere afecto, una cierta atracción por el amigo, pero también la debida atención a una cierta distancia, con el fin de no sustraer la soberanía del otro.

Para Emmanuel Kant, la amistad es la unión de personas vinculadas por un amor de reciprocidad y un *respeto* (33) igual. Sin embargo, la reciprocidad nunca es totalmente simétrica. A veces, nos damos cuenta de que hay amigos que han hecho por nosotros acciones que nosotros no hemos sido capaces de hacer por ellos. O a la inversa, nos damos cuenta de que hemos dado más de lo que hemos recibido. No obstante, en la amistad, la lógica del cálculo, el *do ut des*, no es la que rige este vínculo, aunque, obviamente, puede estar presente. El amigo busca el bien de su amigo y espera que el amigo haga lo mismo con él. Pero esta dialéctica de deseos no siempre es armónica y es necesario alcanzar cierta flexibilidad para poder mantener las amistades a lo largo del tiempo.

La amistad puede presentar algunas deformaciones: la absorción psicológica excesiva, que puede llegar a convertirse en una obsesión de la fantasía; la exclusividad que encierra a los amigos en un círculo egoísta; la búsqueda de la satisfacción puramente material, donde la gran ausente es la estima.

En la amistad no hay lugar para los celos, aunque sí hay lugar para la admiración. Es propio de la amistad el deseo de encontrarse, de verse, de conversar, de seguir el hilo de la vida juntos. En la amistad no existe lugar para la instrumentalización ni tampoco para la indiferencia. La amistad no se contrapone al disentiimiento. Entre amigos existen claras disonancias en determinados puntos. Es un vínculo hecho de afecto y de palabras y no la confusión entre el yo y el tú, sino la comunión entre los dos sin deshacer la identidad del uno ni la identidad del otro. Friedrich Nietzsche, que somete todos los valores de la tradición a una profunda mutación, salva a la amistad en *Así habló Zarathustra* cuando afirma que la amistad es una fiesta de la tierra y el presentimiento del superhombre.

VIVIR —CON— LOS OTROS: LA CIVILIDAD

La ciudad no es tan sólo un lugar geográfico, una aglomeración de personas que cohabitan en el mismo espacio, sino que es una categoría ética. Ser ciudadano es algo más que residir en una gran urbe de cemento, es adoptar un determinado estilo de vida y cultivar unas determinadas virtudes, entre las cuales la civilidad juega un papel fundamental. De hecho, la civilidad se contrapone a la barbarie. Existe civilidad cuando las personas son capaces de resolver sus diferencias y sus problemas mediante la palabra y el acuerdo. En cambio, existe barbarie o incivilidad cuando los humanos practican la violencia como forma de resolver sus problemas. La ciudad es un espacio donde los humanos dialogan, pactan, llegan a acuerdos y respetan mutuamente su dignidad.

De entrada, ser cívico significa respetar las leyes que rigen el seno de la ciudad; aunque la civilidad no es el mero cumplimiento de la ley, sino un *ethos* determinado que hace de la persona que lo vive alguien noble y digno de consideración. La civilidad no se demuestra en las grandes cosas, sino en los

pequeños detalles, en la manera de vivir dentro de un gran conglomerado humano. La forma como establecemos relación con los demás muestra el grado de civilidad o de incivilidad que tenemos. ¿Respetamos el silencio de nuestros vecinos? ¿Reciclamos las basuras? ¿Cuidamos la limpieza de la ciudad? En estos y otros tantos detalles se muestra el grado de civilidad de una persona.

La civilidad nos permite vivir pacíficamente en el seno de la ciudad. Una ciudad es un espacio plural donde tratan de convivir personas con hábitos y maneras de ser muy diferentes. Convivir en un magma de pluralidad no es fácil, ya que no siempre se pueden armonizar los estilos de vida. Ante este fenómeno no es suficiente la *tolerancia* (68), aunque es una condición de posibilidad, sino que es necesario el valor de la civilidad, que también se podría definir como la cordialidad o la amistad civil.

Ser cívico quiere decir saber respetar el tiempo del otro, valorar su existencia y respetar, igualmente, su espacio. Es cívica la persona que cuida el espacio que pisa y que no sólo no lo deteriora sino que vela por su embellecimiento, ya que le desagrada, profundamente, vivir en un marco feo y sucio.

La persona cívica sabe distinguir adecuadamente entre lo que es público y lo que es privado. Preserva cautelosamente la privacidad de los demás y evita exponerla, pero, además, tiene un gran sentido de la *responsabilidad* (83) hacia todo lo público, hacia los espacios que son de todos. La persona cívica considera todo lo público como algo valioso: un banco de una plaza, un semáforo, una planta de un jardín público. Cuida el entorno, procura no generar molestias a sus vecinos y evita incomodidades a los demás.

La civilidad nos hace más civilizados y nos permite resolver nuestras diferencias por la vía del diálogo y del consenso. Existe civilidad en donde existe armonía y consenso. En toda persona cívica resulta esencial tratar de buscar soluciones a través

de la palabra y del diálogo, antes de hacer uso de los recursos jurídicos adecuados que tiene a su disposición. Si, como dicen los analistas, tendemos hacia una sociedad plural y diversa, será esencial afinar el concepto de ciudadanía multicultural. Como dice Will Kymlicka, tenemos que ir hacia un modelo de sociedad en donde los ciudadanos sean capaces de vivir y de trabajar con personas diferentes. Es necesario dejar atrás el concepto de ciudadanía monocultural y adentrarnos en la noción de ciudadanía multicultural.